

LOS CARNAVALES DE MAZATLÁN Y GUAYMAS, LOS INICIOS 1827-1846

Silvestre Uresti

Universidad Autónoma de Sinaloa

RESUMEN DE PONENCIA

Comprobamos que en la base del nacimiento de Sonora y Sinaloa como estados independientes (1810-1836) y centralizados (1836-1846) está el carnaval. Encontramos que se trata de una fiesta carnavalera de raíz africana y grecorromana, lo que marca los orientes de ambos puertos. Concluimos que en Mazatlán dichos hombres de armas en conjunto con el pueblo fueron los introductores de la fiesta conocida como juegos de ceniza. Mientras tanto en Guaymas no fueron los destacamentos militares oficiales y auxiliares quienes promovieron la fiesta, sino principalmente la población civil del momento. Desde las primeras fechas registradas (1827 y 1842) y hasta la época actual, el carnaval es parte de la historia cultural de los puertos de Mazatlán y Guaymas, pues implica a la generalidad de la sociedad y dirime asuntos de índole política. Situación que los enfrenta a su realidad inmediata y los proyecta como grupo social e histórico del XIX al XX.

PALABRAS CLAVE: Carnaval, Sociedad Civil, Historia Cultural, Guaymas y Mazatlán

ABSTRACT

At in the base of the birth of Sonora and Sinaloa as centralized and independent States is the Carnival. It's a feast of African and Greco-Roman roots, which marks the East of both ports. Mazatlan these mens at arms altogether with the village were the introducers of the party known as the game of ash. In Guaymas, population founded the party. The Carnival is part of the cultural history of the ports, because it implies the generality of the society and political matters at issue.

Carnival, Game of Ash, ports of Mazatlán and Guaymas, Cultural History

En los sustratos profundos de la sociedad mazatleca y guaymense está una diversidad étnica y cultural. Tal mestizaje parece más evidente en Mazatlán, pero no era más ramificado que en la sociedad guaymense, pues en ésta el confinamiento de los pueblos yaquis no impidió una separación tajante entre indígenas y no indígenas (Nentvig, 1993: 95). El poblamiento del futuro puerto se hizo al cuidado de autoridades mestizas y españolas, así como soldados e indígenas pacificados. Hacia finales del XVIII había una sociedad poco estratificada en el septentrión novohispano. A esto coadyuvó la libertad relativa de los morenos mazatlecos y la rebeldía de los yaquis. En la parte de Sinaloa más que en la de Sonora, antes y después de la separación del Estado de Occidente, hubo gente de razón e indios, la herencia mulata de pardos, gente extranjera y otros segmentos populares (Balmori, 1996).

En el noroeste hispánico, el piquete de vigías oficiales no fue el gran detonante del futuro puerto y ciudad guaymense, en cambio en el mazatleco sí. En Mazatlán hubo puerto y ciudad porque durante toda la Colonia los guardias pardos formaron mancuerna con sus respectivas familias, se movían y vivían al unísono; en cambio en Guaymas los guardias auxiliares, predominantemente de ópatas y pimas, se movilizaron solos, separados de sus respectivas familias. Por eso, en un informe geopolítico de 1827 se comprendió a Mazatlán como pueblo o presidio, y a San José de Guaymas como villa (Riesgo y Valdés, 1828).

El sentimiento y las prácticas religiosas son también semejantes entre Sonora y Sinaloa y en general en la parte noroeste de la conocida república mexicana. Esto se debió por la escasa presencia de misioneros, sacerdotes y las enormes distancias durante la Colonia e incluso más tarde con los obispados. Durante esos dos siglos sólo hubo dos parroquias: la de San Sebastián y la de El Rosario. Así, aquí encontramos otra diferencia entre la vida espiritual de ambos puertos que nos ocupa.

Hay que decir que tales creencias son de tipo popular y laico, en el sentido de que su catolicismo está rayado de celebraciones paganas y locales (Nakayama, 1991, 1987). Esto se debió a las enormes distancias y al despoblamiento que desde siempre padeció el septentrión novohispano, y se prolongó con pocos cambios en el norte independiente. Por tanto, es una religiosidad de tipo popular. Se trata de un sentimiento que no olvida su vida antigua, ni se abandona a las nuevas relaciones divinas y terrenales.

En el paso del Antiguo Régimen al otro liberal nacional en el siglo XIX, buena parte de los habitantes del Estado de Occidente “lejos de mirar el nuevo orden de cosas como un beneficio real que los arranca de la dependencia, y los eleva a la igualdad civil, echan de menos aquella tutela paternal que les daba indudable subsistencia, y escuchan con sentimiento tierno las relaciones de sus mayores” (Riesgo y Valdés, 1828). En otras

palabras, sigue existiendo en las relaciones eclesiásticas una resistencia al reemplazo de las antiguas lealtades entre la gente de Sonora y Sinaloa. Pensamos ha sido en abono de celebraciones organizadas por las iglesias para festejar a sus santos y en fiestas colectivas organizadas por el Estado y la sociedad civil como el carnaval. Y ha dado pie a que se vea esa característica de popular y atea como distintiva del habitante en el noroeste virreinal y mexicano (Santamaría, 2012: 67).

Hacia principios del siglo XIX, cuando se marcan los primeros pasos del carnaval, ambos puertos son contenedores de un pueblo en crecimiento. Para Guaymas se marca la fecha de mediados de 1783, cuando se autorizó a Ignacio Verdes, quien tenía el nombramiento de gobernador de los guaimas, “ocupar una de las cuadras abandonas” por la Expedición y convertirla en parroquia. Fue “el principio de la población de Guaymas y de su movimiento estable por el lado del mar.” Por el lado de Mazatlán, se acuerda que fue en base a la Real Orden del 23 de marzo de 1792 “cuando el puerto empieza a poblarse.” Para 1804 se contaban hasta 2000 personas, de las cuales la mayoría eran mulatos, luego seguían los españoles (Pradeau, 1990: 73; Almada, 2009: 231 y 289; Hernández Silva, 2002: 110; García, 1992: 34).

Igual que Guaymas y su antiguo poblado de nombre San José de Guaymas, Mazatlán también tuvo su pueblo adjunto, Villa Unión (Vega Ayala, 1992). Y se ratifica que el puerto mazatleco fue, antes que otra cosa, un conglomerado de soldadesca parda que, hacia 1827, festejaban los juegos de ceniza, más tarde llamado carnaval. Queremos dejar establecido que los dos puertos se diferencian por el tipo de gente que dio inicio a la fiesta carnalera. Como se sabe, las milicias de pardos surgieron hacia 1615 desde Perú, Costa Rica, Cuba, México y otros. Eran grupos de soldados voluntarios que, sin recibir paga, pero sí otras prestaciones oficiales (exentos de tributo, etc.), estaban encargados de la seguridad

de los dominios y bienes españoles. Se trataba de castas pertenecientes a los estratos sociales y étnicos más desprotegidos y repudiados del sistema colonial: negros, mulatos, mestizos.

Conforme se afianzó el sistema colonial, la milicia parda fue obteniendo más beneficios y presencia social, económica y política. En las fronteras y puertos clave en el Golfo y Pacífico novohispano, las milicias de hombres de color libres fueron de gran importancia tanto para las autoridades de la Corona como para la población civil de cada localidad (Llanes, 2015; Vinson III, 2000).

En ese sentido, la milicia de pardos que hacia 1792 se instalaron en la bahía contigua a la villa llamada San Juan Bautista de Mazatlán, eran también los mismos del poblado. Más allá de las fechas de fundación del puerto, comprendemos que, en cuanto a la calidad de su población, tanto la gente del antiguo presidio como los habitantes del puerto de Mazatlán eran de ascendencia parda desde el período de 1576-1603.

Los habitantes de las villas, pueblos y parajes cercanos a destacamentos de milicias en las entradas fronterizas del noroeste, se consideraban con los mismos derechos y obligaciones, pues “vivían en las mismas comunidades que los milicianos, eran de la misma casta, y contribuían indirectamente a la seguridad de la región” (Vinson III, 2000:104-105). En especial, “Es a partir de este momento cuando empieza a hablarse de Mazatlán como poblamiento no indígena, con base en unas milicias” de mulatos reconocidas por la Corona española.

Lo anterior cambia lo que comúnmente se ha dicho sobre la fundación de la fiesta carnavalera. En Mazatlán dichos hombres de armas en conjunto con el pueblo fueron los introductores de la fiesta conocida como juegos de ceniza (Vega, 1992). Mientras tanto en Guaymas no fueron los destacamentos militares oficiales y auxiliares quienes promovieron

la fiesta, sino principalmente la población civil del momento compuesta por comerciantes indígenas y no indígenas, naturales sumisos e insurrectos, etc. (Calvo, 2006).

Se ha dicho que en Mazatlán la protesta por las condiciones laborales de esos mismos guardias derivó en una borrachera colectiva. Esto fue así porque los habitantes de la bahía y la villa Mazatlán acudieron en masa en apoyo y solidaridad con las demandas de los milicianos, sus parientes y hermanos de ruta. Entonces, en este punto cultural, las diferencias entre Mazatlán y Guaymas estriban en que mientras en el primero la población indígena fue escasa o mínima (en cambio considerable en las razas de mestizos, pardos, mulatos, negros, morenos, etc.), en el segundo los habitantes indígenas del lugar (seris, sobre todo yaquis, mayos, ópatas, pimas, etc.) fueron importantes, casi a la par de mestizos, españoles y otros extranjeros.

Una de las grandes diferencias está en la práctica histórica de los presidios pardos, quienes se movilizaban con todo y familia, construyendo villas y poblados adyacentes o en el mismo lugar que el presidio. No así los indios auxiliares de los españoles que se desplegaron en grupos de hombres ayunos de familia. Esto explica que en las peticiones de mejoramiento que hicieron los regimientos indígenas a la Corona hayan incluido el desamparo en que se encontraban pues, decían casi sollozando, otros trabajadores eran reconfortados por sus familias luego de terminar el jornal, en cambio ellos no tenían descanso ni parientes cercanos (Velarde, 2012).

Justo este hecho es el que explica mejor la manera en que dio surgimiento a la fiesta carnalera en el puerto mazatleco y también en el guaymense. El Reglamento de presidios de 1772 homologó a todo el cuerpo militar en la Nueva España, concentrándose en las colonizaciones fronterizas con los apaches. Como toda reforma, la nueva normatividad quitó unos privilegios e impuso otros. Antes, según registros, pardos e indios auxiliares al

parecer gozaron de prerrogativas mayores que en el reciente se los quitaban. Por ejemplo, los pardos alegaban la pérdida del poder porque los principales cargos quedaron en manos de españoles.

Los auxiliares defendían el estatuto anterior porque tenían más control a través del capitán general ópata, quien mandaba por encima de misioneros y gobernadores. También unos y otros guardias coincidían en la mala paga y pésimas condiciones. Más allá de esto, hay que subrayar que los pardos fueron más queridos porque desde siempre tuvieron la exclusividad de su mixtura racial en sus destacamentos. En cambio, la soldadesca ópata fue hasta el último cuarto del siglo XVIII que les concedió la Corona un par de presidios.

Estos acontecimientos son los antecedentes en que se enmarca la revuelta de guardias pardos en 1827, que derivó en sarao, en protesta del no pago por sus servicios. Por tanto, desde la perspectiva histórica antes descrita, la protesta no era nueva, ni tampoco el motivo. Sabemos que desde siempre el natural de estas tierras novohispanas fue tratado con dureza y vivió en constante penuria. Tal circunstancia se acentuó en la segunda mitad del XVIII con las reformas liberales de los reyes borbones.

La salida que buscaron ambos grupos en desarrollo fue el ofrecimiento de su lealtad y más hombres en las vanguardias militares, a cambio de beneficios para las familias en el lado pardo y en la parte de los ópatas un poco de poder dentro del sistema virreinal materializado en los dos presidios. Fuera de esto, en el fondo y en la forma dentro de uno u otro estado social colonial o independizado, los vigilantes de presidios siguieron en casi la misma situación. Y es que los reacomodos del mismo sistema eran tan lentos y piramidales que parecía no moverse.

Así, a la situación antes descrita, se sumaba la ausencia de una adecuada organización financiera; la corrupción estaba a la orden de día. La ausencia de una casa de

moneda aumentaba las dificultades de pagar, por ejemplo, los haberes y dineros de los presidios. Pensamos que esta circunstancia fue uno de los motivos por los cuales nunca se les pagó a tiempo a nuestros soldados. Hay evidencia que los dineros se perdían en las manos de sus superiores y, en la etapa Independiente, se cambiaron las monedas y los avituallamientos por pagarés. Esto fue un error porque los mismos oficiales empezaron a especular, reduciendo al mínimo su valor efectivo.

Las mencionadas artimañas se extendieron al siglo XIX. Y en pleno auge de la separación del Estado de Occidente, la soldadesca protestó. Los ópatas se rebelaron en 1820, pero no hay registros de haberlo hecho en son de guasa como los pardos mazatlecos. Esto también explica la avanzada sociedad que habían amasado los pardos al convivir en el presidio y la villa; en cambio los indígenas más del norte nunca pudieron conjuntar las campañas militares, las civiles y familiares en una villa o presidio.

De esta manera explicamos que en el Mazatlán de 1827, la protesta de los guardias por el pago de sus “haberes”, hecha a través de mascaradas y comparsas, tuvo la concurrencia y complicidad del poblado adjunto. El nacimiento del carnaval mazatleco está signado por ese estrato étnico marginal y ambivalente conocido como milicianos pardos, quienes eran, a la vez, privilegiados por la Corona en algunos rubros de lo social, económico y político. Situación extemporánea que quisieron continuar dentro ya del nuevo régimen independiente. Esto marcó la otra característica del naciente carnaval: a través de la fiesta se hace la protesta, la crítica al poder establecido. No se trataba de borracheras colectivas sin plan, sino que tal estado étlico y colectiva algarabía tenían por objetivo exponer su malestar ante la autoridad en turno.

No se han remarcado lo suficiente tanto la fundación parda como la manifestación crítica del descontento a través de esas primeras fiestas carnavalescas. En la historiografía

es Valdez Aguilar (2004: 87-116; Hernández Cuevas, 2005) quien más destaca el asunto de los pardos. Esta circunstancia no es banal. Si comprendemos esta situación, estaremos en condiciones de entender mejor el desarrollo posterior del carnaval, sobre todo el paso del llamado carnaval salvaje al civilizado desde fines del siglo XIX al siglo XX.

Por su parte Guaymas, aportó su registro carnavalesco 14 años después, en 1842 Vicente Calvo anotó las primeras celebraciones báquicas escenificadas en la plaza y casas de los comerciantes y demás gente pionera del puerto. En la bisagra del siglo XVIII al XIX, la geografía del Yaqui y Mayo se convirtió en tierra disputada tanto por españoles, clérigos, autoridades militares y civiles (Hernández Silva, 2002; Velasco Toro, 1985).

Al atraer hacia los linderos de Ostimuri la problemática mayor, se dejaron libres las áreas de reciente colonización, como fueron los casos de San José de Guaymas y el puerto de San Fernando de Guaymas. Los aborígenes de mayoría yaqui que en esta etapa merodeaban y se internaban a los poblados eran trabajadores y comerciantes (Tinker, 2010: 44). Asimismo, está el hecho que en el norte colonial, el ayuntamiento sexual de peninsulares y criollos con nativas “fue el más popular.” El producto de la mezcla de español con indígena [sobre todo Ópata y Pima] dio surgimiento al mestizo. El mestizo tuvo así “situaciones de privilegio reservadas en el resto del país al criollo y al peninsular” (Segesser, 1991: 66). Entonces, en Guaymas pesó la presencia del mestizo en conjunto dispar con la del indígena cultivado. Este fue el ingrediente étnico y sociológico que en las fiestas colectivas como el carnaval aportaban.

En los albores de la etapa Independiente, la situación de la conocida república parda continuó casi igual. Un informe de 1804 permite asegurar que tanto el pueblo de San Juan Bautista de Mazatlán como la bahía siguieron padeciendo las penurias y la ambivalencia de siempre. No obstante, los habitantes aumentaban, pues en 1765 se contabilizaban alrededor

de mil personas, pero para 1804 esa gente se había duplicado. Gracias al esfuerzo tradicional de los milicianos pardos, la vida siguió su curso en la víspera del movimiento independentista (García, 1992; Martínez, 1996-1997).

Una vez iniciada la refriega revolucionaria, los pardos pelearon del lado de la Corona, pero al poco tiempo se pasaron al grupo insurgente. Su participación armada culminó con la encomienda de recopilar fondos económicos para la causa de los rebeldes. Después de eso, “la fulgurante estrella militar de González de Hermosillo por el sur de Sinaloa se opacó el 8 de febrero en San Ignacio de Piaxtla cuando por sorpresa fue atacado por el brigadier Alejo García Conde” (García Cortés, 1992:123; Heredia, 2009).

De esta manera, la pequeña república parda fue neutralizada el resto del movimiento armado. Por el lado de Guaymas, casi no tuvo participación activa. Por eso se dice que en la Intendencia de Sonora y Sinaloa la lucha separatista brilló por su casi ausencia, su cambio fue meramente administrativo. No obstante, no hay que olvidar que sí hubo participación por el lado sur de Sinaloa (Piaxtla, Copala, Maloya, Mazatlán y El Rosario) y en Sonora es probable que la tropa que acompañó al gobernador García Conde en su enfrentamiento con el insurgente Hermosillo hayan sido soldados Ópatas reconocidos como “los aguerridos indios.” Entonces, podemos decir que en la lucha armada por la independencia tanto los pardos como los Ópatas participaron, con la diferencia que éstos lo hicieron de lado realista y aquellos también, pero luego se pasaron al ejército rebelde.

En ese medio recién salido de la guerra contra la Colonia, todavía no cuajaban las novedades del sistema en turno (el crédito). Una parte de esto se explica en el hecho de que, al quedar al frente el general García Conde de ambos territorios norteños de la Nueva España hasta el final de la revolución separatista, “los detentadores del poder político en la frontera noroeste” permanecieran leales “hasta el final a la monarquía española [6 de

septiembre de 1821], a la cual reconocían como la fuente de sus subvenciones” (Grajeda, 2003: 55).

CONCLUSIONES

Los carnavales de Mazatlán y Guaymas, reflexionamos que en la fiesta mazatleca se comprueba más la raíz africana, sobre todo con su presencia parda y el mulataje de sus fiestas; en cambio en la sociedad guaymense se aprecia más una fiesta con herencia grecorromana y mestizaje mexicano. Estas versiones y visiones de las fuentes profundas del Carnaval se documentan, para Mazatlán, desde la primera Colonia con los pioneros mulatos fundando el pueblo de Villa Unión y, para Guaymas, desde fines siglo XVIII en la fundación de la Villa de San José de Guaymas. Por otra parte, podemos decir que la fiesta carnalera registrada en 1827 en el Estado de Occidente, pertenece más a Mazatlán que a Guaymas. A la vez, esas primeras manifestaciones carnavalistas marcan la relación africana de ambos puertos norteños.

Desde las primeras fechas registradas, 1827 y 1842, el carnaval es parte de la historia cultural del puerto, pues implica a la generalidad de la sociedad y dirime asuntos de índole política. Situación que los enfrenta a su realidad inmediata y los proyecta como grupo social e histórico. La máxima fiesta pública y comunitaria de estos puertos no está desligada de las cuestiones políticas e históricas. En esta misma línea están investigadores del carnaval como Bajtín (1993); Burke (2010); Zemón Davis (1993); Le Roy Ladurie (1994); Alfaro (1992, 1998); Romero, Carlos Ricardo, et al., 2003; o Lizcano, Martha y Danny González Cueto (2009).

Referencias

Alfaro, Milita, 1998, *Carnaval: segunda parte. Carnaval y modernización. Impulso y freno*

(1873-1904), Trilce, Uruguay, Trilce.

-----1992, *Carnaval. Una historia social de Montevideo desde la perspectiva de la fiesta. Primera parte. El carnaval heroico 1800-1882*, Uruguay, Trilce.

Almada, Francisco R., 2009, *Diccionario de historia, geografía y biografía sonoreense*, Hermosillo, ISC.

Bajtín, Mijail, 1993, *La cultura popular en la Edad Media y en el Renacimiento. El contexto de Françoise Rabelais*, México, Alianza Universidad.

Balmori, Diana, Stuart F. Voss y Miles Wortman, 1990, *Las alianzas de familias y la formación del país en América Latina*, México, FCE.

Calvo, Vicente, 2006, *Descripción política, física, moral y comercial del Departamento de Sonora en la República Mexicana*, México, INAH.

García Cortés, Adrián, 1992, *La fundación de Mazatlán y otros documentos*, México, Siglo XXI editores.

Grajeda Bustamante, Aarón, 2003, *Seis expulsiones y un adiós. Despojos y exclusiones en Sonora*, México, PyV, Universidad de Sonora.

Heredia, José G., 2009, “Apuntes para la historia de la Guerra”, en Bonilla Zazueta, Martha Lilia. Compiladora. *Antología histórica sinaloense*, Culiacán, Gobierno del Estado de

Sinaloa, H. Ayuntamiento de Culiacán, Universidad Autónoma de Sinaloa, Academia Cultural Roberto Hernández Rodríguez A. C.

Hernández Cuevas, Marco Polo, 2005, *África en el carnaval mexicano*, México, Plaza y Valdés editores.

Hernández Silva, Héctor Cuauhtémoc, “Los pueblos yaquis y los circuitos económicos de Sonora a principios del siglo XIX”, *Desacatos*, número 10. Recuperado de: <http://desacatos.ciesas.edu.mx/index.php/Desacatos/article/view/1163>

Le Roy Ladurie, Emmanuel, 1994, *El Carnaval de Romans. De la Candelaria al Miércoles de Ceniza, 1579-1580*, México, Instituto de Investigaciones Dr. José María Luis Mora.

Lizcano Angarita, Martha y González Cueto, Danny, 2009, *Leyendo el Carnaval. Miradas desde Barranquilla, Bahía y Barcelona*, Bogota, Ediciones Uninorte.

Llanes Espinoza, Wilfrido, 2015, “Privilegios de una minoría. Los milicianos pardos de San Juan Bautista de Mazatlán (segunda mitad del siglo XVIII)”, manuscrito inédito.

Martínez Peña, Luis Antonio, 1996-1997, “Los guardianes de la perla. Historia del presidio de San Juan Bautista de Mazatlán desde su fundación en 1576-1828”, *Clío*, números 18-19.

Nakayama, Antonio, 1991, *Entre sonorenses y sinaloenses. Afinidades y diferencias*, Hermosillo, DIFOCUR-ISC.

----- 1987, “El poderoso clan De la Vega.” En Ortega Noriega, Sergio, y López Mañón, Edgardo, *Sinaloa. Textos de su historia*, Culiacán, Mora, UAS.

Nentvig, Juan, 1993, *El rudo ensayo. Descripción geográfica, natural y curiosa de la provincia de Sonora*, Hermosillo, Gobierno del Estado de Sonora.

Pradeau, Francisco, 1990, “Capítulo VI. Fundación del puerto de Guaymas, 1769.” En Murillo Chisem, *Apuntes para la historia de Guaymas*, Hermosillo, Gobierno del Estado de Sonora, ISC.

Riesgo, Juan M. y Valdés, Antonio J. (1828), *Memoria estadística del Estado de Occidente*. C. E. Alatorre, Guadalajara.

Romero Flores, Carlos Ricardo, et al., 2003, *Carnaval de Oruro: imágenes y narrativas*, La Paz, Muela del Diablo Editores.

Santamaría Gómez, Arturo, 2012, *De carnaval, reinas y narco*, México, Grijalbo.

Segesser, Philip, 1991, *Relación de Philip Segesser. Correspondencia familiar de un misionero en Sonora en el año de 1737*, Hermosillo, Talleres de Imparcolor.

Tinker Salas, Miguel, 2010, *A la sombra de las águilas. Sonora y la transformación de la frontera durante el porfiriato*, México, El Colegio de Sonora, FCE, Pomona College, Universidad Autónoma de Sinaloa, México 2010 Bicentenario, 2010.

Valdez Aguilar, Rafael, 2004, *Sinaloa: negritud y olvido*. La crónica de Culiacán, Culiacán, 2004.

Vega Ayala, Enrique, 1992, *Historia del carnaval de Mazatlán*, Mazatlán, DIFOCUR.

Velarde Cadena, Jesús Dénica, 2012, “Las compañías de indígenas auxiliares ópatas a finales del siglo XVIII”, tesis para obtener el grado de Maestría en Historia, Centro de Estudios Históricos de Frontera y Región, El Colegio de Sonora.

Velasco Toro, José, 1985, *Noticias estadísticas del Estado de Sonora*, Hermosillo, Gobierno del Estado de Sonora.

Vinson III, Ben, “Los milicianos pardos y la construcción de la raza en el México colonia”, *Signos Históricos*. Recuperado de: <http://tesiuami.uam.mx/revistasuam/signoshistoricos/viewarticle.php?id=51>

Zemón Davis, Nataly, 1993, *Sociedad y cultura en la Francia moderna*. Crítica, España.